

dar suelta á la palabra y poner una mordaza á los lábios. Los trabajos por la emancipación del pensamiento, los derechos de la conciencia, la guerra á todo cuanto ha oprimido el entendimiento humano, la aspiración á grandes renovaciones intelectuales, los loores á los apologistas y á los héroes y á los mártires de la civilización moderna, toda esta cantidad de ideas se condensa prácticamente en grandes democracias, y tarde ó temprano se organiza en verdaderas repúblicas. Cargais al hombre de cadenas, y luego le poneis en las manos el fuego de Prometeo. Pues no tardará en fundirlas, y en ser libres las ideas de su alma en el cielo de la conciencia, libres los movimientos de su organismo en el espacio de la tierra, libres las facultades de todo su sér en el seno de la sociedad. La libertad es como la Trinidad cristiana, vária en sus determinaciones fundamentales, y una y sola en su esencia.

Día llegará en que las libertades todas se compenetren y se confundan, sin que sea dado al hombre separarlas ni dividir las. Entonces se verá hasta por los empedernidos y por los ciegos que, así como nuestro organismo natural necesita de todos sus órganos fundamentales, del hígado, del cerebro, del pulmón, del corazón, necesita nuestro organismo social de todas las libertades fundamentales, desde la libertad de cambiar las ideas hasta la libertad de cambiar los productos. Y se verá también que si nuestros códigos penales no admiten castas en el cumplimiento del deber, ni gerarquías en la aplicación de las leyes, nuestros códigos políticos no deben reconocer castas ni gerarquías en la existencia y el ejercicio del derecho. Y se verá, por último, que á la manera del Universo, la sociedad tiene sus leyes, y que estas leyes no consienten la intervención anormal é incomprensible de una familia privilegiada en su dirección, sino que la verdadera mecánica y la verdadera dinámica de la política se encuentra en el organismo natural á la

vida de las naciones maduras y cultas, en el organismo de la República.

Siempre he desconfiado, siempre, de toda filosofía que aminore ó mate la dignidad en el hombre. Siempre he creído que no pueden fundarse las libertades públicas sin alzar un luminoso ideal de moralidad en la conciencia, y que no puede alzarse este ideal de moralidad en la conciencia sin admitir la inmortalidad de nuestro sér allende el sepulcro. Ninguna partícula se pierde en el Universo; ningún átomo se disipa en la vida; ningún sér se aniquila en la tumba. ¿Y ha de perderse, huir, aniquilarse nuestra personalidad? Los muertos están ¡ay! en nosotros, ha dicho extraño pensador contemporáneo. Y en efecto: ¡cuántas veces he visto en mi niñez, al ir al cementerio de mi pueblo para llevar alguna ofrenda ó alguna oración á la sepultura de mi abuelo, sobre la tierra de los muertos crecer la yerba de los campos, abrirse balsámicas flores de Mayo, jugar la mariposa encendida en los colores del iris, zumbar la abeja ébria de dulces jugos, y hasta alimentarse y triscar satisfecho y harto el blanco inocente corderillo, recordándome la danza vertiginosa de los átomos, la trasustanciación de una materia en otra materia, el crecimiento de unos séres por la bebida del jugo de otros séres, en términos que las fibras del esclavo pueden alimentarse del cuerpo yerto de sus tiranos en la química misteriosa de la naturaleza, donde por todas partes se siente el calor de los pródigos amores, el trabajo de las incesantes transformaciones, el renacimiento de los séres; y en ninguna parte se siente la muerte, ni aparece la nada!

¿Quién alguna vez no se ha conmovido á la lectura ó en la representación del inmortal poema dramático con que ha maravillado al mundo el primero entre los poetas sajones? La pobre Ofelia, que parece hecha de nieblas de los lagos y de rayos de la luna, toda amor, y por lo mismo toda tormento y pena, vestida de gasas tan blancas como su alma, coro-

nada de flores tan bellas como sus primeras ilusiones, salpicada de rocío tan claro como sus lágrimas, despréndese á la manera de un arpa profética ó de un nido desgraciado del sáuce al torrente, que la lleva algunos minutos en la superficie de su curso, como para escuchar su melancólica canción de enamorados, y la sumerge luego como para extinguir en la muerte la sed de su corazón, eterna é inextinguible en la tierra.

Y luego, cuando Hamlet vá al cementerio y oye la mezcla del ruido que producen los azadones y las botellas de los sepultureros, los báquicos cantares y el rodar de los huesos entre las piedras, las huecas carcajadas y las huecas calaveras, pregúntase á sí mismo, no por el misterio del sér y del no sér, sino por el curso que á través de la tierra habrán seguido las cenizas de César y las cenizas de Alejandro, en cuyas manos y en cuyos mantos se prendió el mundo como pobre mosca en las patas y en las telas de astuta araña, y que ahora tal vez servirán tan sólo para tapar el barril en que se emborrachan los enterradores ó el agujero por donde entra el aire y salen los ratones.

Dejad en buen hora á los átomos que corran por la fibra de las plantas, por los globulillos de la sangre; que bajen á los piés callosos del leñador y suban al cerebro del filósofo; pero no atenteis á mi personalidad, no me disolvais en el bárbaro comunismo de la materia. Yo siento mi parentesco estrecho con todas las cosas creadas; pero también lo siento con todas las cosas increadas. Y hemos sido luz, calor, gas en el viaje aereolítico ó cometa-rio de nuestro planeta, durante su fluidez primera, al desprenderse como un rubio cabello de la guedeja del sol; hemos sentido que nuestras carnes se condensaban en la levadura de la primera condensación de la tierra; encontramos las raíces profundísimas de nuestro cuerpo en los fósiles enterrados por todas partes, como letras de piedra, que señalan en lápidas inmortales y epígrafes indelebles la car-

tera triunfal del organismo; crecimos con el zoófito, y nos bañamos en los mares sin fondo con la esponja; nos arrastramos con el frío del reptil por la tierra, después de haber sentido las transformaciones del insecto, y entramos llenos de sangre hirviente, compuestos de líricos nervios, vestidos de multicolores plumas, en el éter inmenso, cantando con el coro sublime de las aves; hemos luchado y reluchado como las fieras en el desierto y en la selva; hemos guerreado con el león y con el tigre; hemos corrido con el caballo y con el gamo; hemos sido, si queréis, el ridículo bufón del Universo con el tití, con el orangután y con el macaco; pero desde el momento en que llegamos á nuestro organismo, sentimos derramarse por todo nuestro sér algo que no vivía en el tiempo, que no se desarrollaba en el espacio, algo más claro que la luz, más rápido que la electricidad, más vívido que el calor y el magnetismo; sí, el espíritu, el humano espíritu, y dentro de él un sol sin ocaso que se llama pensamiento, y una fuerza incontrastable que se llama libertad; y cuando creíamos que este sol y esta fuerza nos tocaban y pertenecían, como nos pertenecemos á nosotros mismos, los tiranos y los conquistadores nos han hecho pasar en la sociedad por otra calle de amargura, por otra pasión más larga aún que la sufrida en nuestros seculares viajes á través de la materia; y hemos sido párias, sudras, ilotas, esclavos, siervos, cosa para regalo de otro, instrumento de trabajo para provecho de otro, todo menos séres libres; hasta que han surgido los profetas, los mártires, los héroes, los redentores, y nos han revelado nuestro propio sér, y han roto la cadena en nuestras manos, y han apartado el látigo de nuestra espalda, y nos han creado nuevamente, dándonos como un segundo espíritu con la idea de nuestro derecho; y ya somos ciudadanos, victoria, que no puede satisfacernos, porque, después de haber cumplido nuestro destino en la tierra, después de haber realizado nuestro ideal en

el tiempo, después de haber trabajado por el bien de la humanidad y de su planeta, hemos de suspirar con el deseo por nuevos mundos, por nuevos horizontes, por nuevos cielos, por la armonía de otras artes más bellas, por la luz de otra ciencia más grande, por el amor

de lo infinito; y hemos de trabajar y de pugnar, ascendiendo en la escala del progreso, inundado hoy de sangre, mañana de luz, hasta encontrarnos frente á frente á nuestro Creador, á nuestro Dios.

CAPITULO XL.

LA EXTREMA IZQUIERDA HEGELIANA.

El impulso estaba dado, y la extrema izquierda hegeliana surgía naturalmente del desarrollo de la nueva dialéctica. Habíase quedado el maestro á la mitad del camino, según sus discípulos, y se sacaban las consecuencias de su doctrina con rigorismo incontrastable. Dos principios rechazaba la nueva escuela: en filosofía el principio de la trascendencia; en política el principio de la monarquía. Los jóvenes hegelianos eran mucho más radicales que su inmortal maestro, mucho más revolucionarios; y se impacientaban por llevar á la realidad las ideas de la nueva ciencia. Ellos habían de formar principalmente el núcleo del partido republicano, joven así en su alma como en su cuerpo, resuelto á despertar la vieja Alemania de la soñolencia espiritualista de su carácter y á sumergirla en las realidades materiales de la vida, para que, puesta en contacto íntimo con la sociedad y con la tierra, sintiera vivísimo deseo de mejorarlas.

Dos principios se dividen el mundo científico: el principio de la trascendencia y el

principio de la immanencia. Por el principio de la trascendencia tienen las ideas fundamentales de nuestra mente su origen primero, su realidad absoluta en Dios. Por el principio de la immanencia tienen las ideas fundamentales su único origen y fuente en nosotros mismos, su realidad en la vida y en la naturaleza, su desarrollo en la historia, su movimiento en la dialéctica. Los hegelianos de la extrema izquierda se deciden por el principio de la immanencia, creyendo y proclamando que en todo principio trascendental se encierra algo de derecho divino, y que en todo derecho divino hay algún germen de monarquía ó de teocracia, y por consecuencia, de retroceso y servidumbre. La idea, desarrollándose dialécticamente sin salir de lo divino ni ir á lo divino, como en el gran sistema, sino de la naturaleza á la humanidad, y de la humanidad á la naturaleza, la idea es el progreso incesante, pues nada hay inerte, nada; y todo está impelido por el movimiento en el Universo, lo mismo entre las ideas que entre los seres.